

Night School 1987

Parte 1

La última clase del día apenas había terminado pero los estudiantes ya estaban encaminándose hacia los amplios pasillos de la escuela en una marea de americanas azul oscuro, sus voces se elevaban con cada paso de un día más de aprendizaje hasta formar una cacofonía de alivio.

Sin advertir el ruido y el apuro de salir de los demás, Isabelle se demoró en la puerta de su salón de historia, hojeando su cuaderno y frunciendo el ceño preocupada.

Su profesor se detuvo junto a ella, con su maletín en la mano, la luz del Sol entraba a través de las ventanas iluminando su gris cabellera hasta llegar a un blanco cegador como la nieve. “¿Qué ocurre, señorita St. John? ¿Ha perdido algo?”

Ella levantó la mirada hacia él. “Disculpe, Señor Hollis. Sólo quería asegurarme de haber apuntado todo lo que dijo en los últimos cinco minutos. Estaba escribiendo muy rápido pero puede que se me haya escapado algo.”

Las cejas del profesor se elevaron un poco. “Aprecio su dedicación. Si tiene alguna pregunta puede decírmelo el lunes.”

“¡Oh, gracias!” Isabelle le sonrió, y guardó su cuaderno.

“Sabe,” dijo el profesor, “ha mejorado mucho en estas últimas semanas.” Tocó un costado de su nariz. “No crea que no lo he notado.”

Isabelle le sonrió. “Bien, he estado trabajando duro. Siento que lo estoy logrando.”

“Siga así.” Girándose, se encaminó hacia la multitud de estudiantes, elevando la voz, “Silencio, todos ustedes. Este no es un gimnasio. No son *cantantes*.”

Tan pronto como se fue el señor Hollis, Isabelle se apresuró en dirección contraria. Al pasar por el salón de al lado, alguien la tomó del brazo y la atrajo a las escaleras.

“¿Sigues trabajando en el viejo Hollis?” Raj susurró las palabras a su oído, con una nota maliciosa bajo su grueso acento Yorkshire. “Tratando de hacer que te perdone por haberte escabullido la semana pasada cuando debías estar en su clase?”

Isabelle le guiñó con aires de inocencia. “No sé de qué me estás hablando. Sabes lo dedicada que soy para estudiar historia.”

Raj rio por lo bajo y aflojó el agarre sobre el codo de Isabelle, quien deseó que no la hubiera soltado.

“Estás perdiendo el tiempo,” dijo, quitándose la americana y colocándola sobre su brazo a la vez que comenzaba a aflojarse la corbata azul con blanco. “Quiero decir, no es como que alguna vez fueras a meterte en problemas reales. Podrías salirte con la tuya en esto.”

Isabelle le sonrió mientras seguían a la multitud hacia las escaleras. Ambos sabían que sus profesores la estimaban –trabajaba duro y sacaba buenas notas. Le perdonarían la infracción esta ocasión.

“¿Qué tal física?” le preguntó a Raj. “¿No tenías un examen de prueba hoy?”

“Oh, Dios. No me lo recuerdes.” Se estremeció. “Fue brutal. Pero creo que lo hice bien.” Estiró los brazos sobre su cabeza. Era lo bastante robusto y atlético como para que ella pudiera ver la forma de sus músculos a través de la tela de su camisa mientras él se quejaba. “Estoy tan cansado de estar sentado en un salón. Necesito ir afuera. Correr un rato.”

Era difícil pensar cuando él flexionaba sus músculos de esa manera. Isabelle buscaba algo que decir. Lo que dijo fue, por supuesto, algo erróneo. “¿Sabías que, sea donde sea que te sientes, estás constantemente intercambiando electrones con la silla?” Él le devolvió una mirada burlona, aun así, ella continuó, sin poder detenerse. “Para el final de los 50 minutos de clase, tendrás más electrones de la silla que tuyos propios.

“Así que estás diciendo que ahora soy una silla,” respondió Raj.

“Básicamente.”

No lograba imaginarse por qué, de todas las cosas que sabía, su cerebro le ofreció eso en ese momento. A veces pensaba que su cerebro la odiaba.

“Bien,” dijo Raj amablemente, “eso explica mucho.” Mientras caminaban, ella lo estudiaba desde el rabillo del ojo. Su brillante cabello castaño era grueso y ondulado, por encima de sus conmovedores ojos oscuros. Sus cejas eran *increíbles*. Podría matar por pestañas así. Sus manos colgaban a sus costados, mientras que él estudiaba a la multitud a su alrededor con una curiosa intensidad con la que, sospechaba, no se perdía de nada en ese ajetreado espacio. Él le contaría después sobre lo que había observado –quiénes estarían terminando su relación, y quiénes estaban enamorándose. Quién seguía enfadado por algo que había ocurrido antes, y quién se deprimía en silencio necesitado de atención. Era su extraordinario nivel de observación lo que le atrajo desde el principio cuando él recién llegaba al colegio, dos años atrás, con una beca. En la exclusivamente blanca escuela, su piel oscura le hacía resaltar. Eso fue lo primero que Isabelle notó al mirarlo caminando escaleras arriba con su maleta. Lo segundo fue la manera en que llevaba la cabeza alta, sus ojos siempre mirando a los de quien fuera que pasaba junto a él. Sin estremecerse.

La valentía era la característica que Isabelle más admiraba. Y ella supo desde el principio que Raj la tenía. A montones.

El único problema era, que él no parecía mirarla como algo más que una amiga. Ella le dio cada oportunidad para mostrarle que realmente era una chica, pero él no parecía notarlo. Si alguna vez había habido algún tipo de rechazo hacia él en el colegio por su raza o falta de riquezas, se había esfumado semanas atrás –la mitad de las chicas en su año escolar estaban enamoradas de él. Él nunca buscó atención, y fue tal vez por eso que no notó nunca que ella lo esperaba, con la esperanza de que la eligiera a ella.

Isabelle intentó que eso no la lastimara, pero...

Ambos caminaban uno al lado del otro, sus pasos se sincronizaban mientras navegaban los retorcidos pasillos del ala de los salones de clase de la Academia Cimmeria, siguiendo a los demás por las puertas dobles entrando al atrio central, donde las estatuas estaban agrupadas y sus voces formaban ecos que resonaban en el duro suelo y el alto techo.

Era un grande y viejo edificio, pero se había vuelto lúgubre. Las pinturas en las paredes estaban sucias, los marcos dorados, opacados por la suciedad y por el tiempo. Los candelabros tenían partes rotas o perdidas, y la luz del atardecer iluminaba los hilos de las telarañas que los cubrían, haciéndolas brillar como la seda.

Algunas secciones eran peores que otras. El comedor era lo peor, pensaba Isabelle. En algún punto bajaron los techos para lograr calentar más fácilmente la enorme habitación, así que las baldosas cubrían la parte superior de la chimenea, haciendo que luciera rota. Todas las habitaciones eran así –el calor no funcionaba en los dormitorios. El piso del salón de baile estaba rayado y sin brillo, sus altas ventanas todas cubiertas por enredaderas que no dejaban pasar ni un toque de luz. Y la biblioteca se encontraba en un terrible estado. Los libros estaban dañados y apilados por todo el lugar. Las llaves de los cubículos de estudio se habían perdido, así que ya no podían usarse. La mitad de las luces no funcionaban –estaba tan oscuro que los estudiantes solían hacer bromas sobre tener que checar un libro solo para poder llevarlo al pasillo y ver su título. Todo aquello le daba una sensación de una mala gestión y negligencia.

“Desearía que arreglaran este lugar,” murmuró Isabelle, pateando un pedazo de basura fuera del camino. “Ya ni siquiera lo limpian.”

Raj miró a su alrededor, a las estatuas que decoraban el atrio, el mármol gris y sucio. “Los edificios grandes como este son caros de mantener,” dijo. “Los impuestos probablemente son carísimos en este lugar. Debe costarles una fortuna solo el tener calefacción.”

Isabelle se encogió de hombros. “Deberían pedirle más dinero a nuestros padres si lo necesitan. Todo el que está aquí tiene padres que podrían darse el lujo de pagarlo.”

“No todos.” Su tono era gentil pero significativo, Isabelle se sonrojó.

“Claro. No todos.” Ella colocó su mano en el hombro de Raj a manera de disculpa. Él sonrió indicándole que no era necesario disculparse. Aún así, ella se sintió una idiota. El

padre de Raj estaba en la armada, sirviendo en el norte de Irlanda. No ganaba mucho dinero.

“*Tu* padre, sin embargo, debería darse el maldito lujo,” dijo Raj cuando se sintió un silencio incómodo. “Desempolvar este lugar, cuanto menos.”

“Culpo a Fergie,” le respondió. “Él es quien maneja este lugar.”

“Tal vez tu padre podría desempolvarlo a él también,” sugirió Raj.

George Ferguson era el director de Cimmeria desde hacía cuarenta años. Ahora, a sus setentas, era tan raro verlo en el colegio que los rumores decían que se había retirado en secreto y que nadie de la junta se dio cuenta.

“Sigo diciéndole a mi padre que debería hacer algo. Pero está demasiado ocupado como para darle importancia a estas cosas. Dice que la escuela siempre necesita trabajo.” Ella suspiró, mientras entraban al pasillo principal del colegio, que tenía paneles de madera que necesitaban esmalte. “Debería decirle a Lucinda. Es sí que hace las cosas.”

Raj frunció el seño, perdiéndose por un segundo. “Oh, espera. Lucinda Meldrum, ¿Cierta? La ex de tu padre.” Isabelle se lo había explicado antes, pero cuando asintió impacientemente, él continuó, “Tu familia es más confusa que mis deberes de física”.

No podía discutir aquello. “Es culpa de mi padre. Sigue casándose. Hay tantas mujeres en su vida que ya perdí la cuenta. De cualquier manera, desde que él y mi madre se divorciaron, casi nunca lo veo. No estoy segura de que siempre recuerde quién soy.” Isabelle se detuvo afuera de la sala común y se recargó sobre la pared, mirando a los demás estudiantes caminar por ahí. “Me aterroriza que algún día me confunda con alguna de sus esposas.”

Raj soltó una carcajada pero Isabelle ya se había distraído.

“Hablando de Lucinda –mira, ahí está Elizabeth.” Señaló a una chica delgada, de oscuro cabello suelto en una tormenta de ondas. Se encontraba en el centro de un grupo de chicas, todas ellas igual de producidas, pero ninguna resaltaba como ella. Su sonrisa hacía brillar su rostro, creando unos hoyuelos perfectamente simétricos en sus mejillas. El resto de las chicas la miraban con profunda admiración.

“¡Lizzie!; Por aquí!” Isabelle levantó su mano y saludó. Al mirarla, la chica dijo algo que hizo reír a las demás, y después se encaminó hacia ellos, su falda ondeaba con cada paso que daba.

“Hey, Iz.” Dirigió el 100% de su atención a Raj, estudiándolo descaradamente con la cabeza inclinada hacia un lado. “Lo juro por Dios, Raj, te vuelves cada día más lindo.”

Él le sonrió. “Lo mismo digo.”

Se veían lindos juntos –Elizabeth pequeña y adorable, y Raj lleno de músculos y cabello perfecto.

Isabelle odiaba sentirse tan celosa. Pero nadie podía resistirse a Elizabeth cuando quería ser notada. Siempre doblaba la pretina de su falda para levantar el dobladillo y mostrar

mejor las piernas. Ya le habían llamado la atención tres veces por aflojar su corbata y desabotonar los primeros tres botones de su blusa para revelar su tersa piel. Con su maquillaje cuidadosamente aplicado, y su cabello esponjado hasta lucir exactamente como el de las cantantes que se miraban en lo más alto del Pop y de MTV, nunca fallaba en llamar la atención.

A unos cuantos metros de donde estaban, un antiguo espejo colgaba sobre una mesa de mármol, mientras que ellos coqueteaban, Isabelle se miró condenándose a sí misma. Le parecía que lucía muerta a comparación de Liz. Demasiado alta, demasiado pálida, demasiado delgada. Su largo cabello tenía un bonito tono castaño dorado, pero no podía controlar sus ondas, así que lo llevaba en una ajustada cola de caballo la mayoría del tiempo, aún así, cabellos con friz se le soltaban alrededor del rostro. Todo en ella estaba mal.

Por primera vez sintió que perdía la esperanza. Con razón Raj la veía solo como una amiga. ¿Por qué querría a alguien como ella, cuando todas las chicas hermosas estaban para él?

“¿De qué hablaban?” Preguntó Elizabeth, incluyéndola en la conversación.

A Isabelle le tomó un momento recordarlo. “Oh... Solo estaba tratando de explicarle a Raj cómo no estoy relacionada con tu madre.”

Elizabeth hizo una dramática mueca. “Oh, no lo hagas. Incluso yo no lo entiendo. Tu padre estuvo casado con mi madre, pero no es mi padre, y tu madre no está relacionada conmigo.” Levantó las manos. “Pero mi madre es tu madrina, así que creo que somos como medias hermanas.”

Isabelle negó con la cabeza. “Excepto que *no* somos medias hermanas en lo absoluto.”

Elizabeth rio. “Quiero decir,” dijo, “¿Qué es lo difícil de entender al respecto?”

Isabelle quería mantenerse inexpresiva, pero la risa de su media hermana era contagiosa, y pronto ella también reía a carcajadas.

“Está perfectamente claro,” acordó, sonriendo.

Raj sacudió la cabeza y murmuró “La gente rica está loca.”

“Lo discutiría, pero es verdad.” Elizabeth retiró lágrimas de las orillas de sus ojos, cuidando no arruinar su grueso delineado. “Especialmente nuestra familia.”

Isabelle, se inclinó para estudiarla. “¿Por qué tu maquillaje está siempre tan perfecto? ¿Y de qué color es ese lápiz delineador? Es como morado, pero no es morado.”

Elizabeth se iluminó cuando el tema de conversación se desvió a su segundo tema favorito. “Se llama brandy de ciruela. Lo compré en Selfridges a medios plazos...”

“Bien, esa es mi señal.” Raj dio un paso atrás, levantando las manos. “Cuando comienzan a hablar de maquillaje es momento de ir a jugar fútbol.”

“Espera. ¡Hablaremos sobre otra cosa!” Isabelle retrocedió al instante, pero él ya se

había girado para irse. “El partido me espera,” dijo despidiéndose por sobre su hombro. “Las veo en la cena”.

Decepcionada, lo observó mientras se mezclaba con la multitud. Tenía una peculiar manera de moverse –pasos ligeros y suaves sobre el maltratado piso de roble. Se preguntó dónde habría aprendido a caminar así. Alguna vez él le había dicho que su padre era alguien con quien era difícil convivir. Tal vez se había movido silenciosamente toda su vida para evitar ser notado.

Elizabeth empujó su hombro. “Estás loca por él.”

“Por supuesto que *no*.” insistió Isabelle, el color le subía desde el cuello hasta las mejillas.

“Oh, por favor. Te gusta *muchísimo*.” Elizabeth hablaba convencida. “Y no te culpo. Cada año se pone aún más guapo. Tiene el mejor trasero.” Hizo una forma de manzana con las manos. “Es todo músculo.”

“*Elizabeth*.”

La sonrisa maliciosa de su media hermana no se movió. “¿Cuándo vas a dar el primer paso?” le preguntó.

“Oh, no digas tonterías.” Isabelle rodó los ojos. “¿A qué te refieres con ‘dar el primer paso’?”

Elizabeth no perdió el ritmo. “Me refiero a que lo seduzcas, obviamente.”

Por un segundo, Isabelle se quedó sin palabras. “¿Qué? Esto no es *La dinastía*. No voy a seducir a nadie.”

“¿Por qué no?” La otra chica parecía genuinamente desconcertada. “Te gusta. Ambos son jóvenes y solteros, y libres. Solo tienes que hacerle saber que estás interesada.”

La verdad era que Isabelle no tenía idea de cómo seducir a alguien. Parecía algo que una mujer mayor haría, mientras usa chaquetas con hombreras y joyas enormes. No era algo que las chicas de su edad hicieran.

“No creo que esté interesado,” dijo, desviando la mirada. “No lo culpo.” Tiró de los pliegues nada halagadores de su falda. “Soy tan ordinaria comparada con la mayoría de las chicas de aquí.”

Elizabeth levantó una ceja. “No seas ridícula. Eres hermosa. Tu estructura ósea está para morir. Mataría por pómulos como los tuyos. Es solo que no te arreglas. Necesitas hacer algo para hacerte notar. Hacer que te vea como algo más que solo uno de los chicos.”

Isabelle levantó su mano hacia su rostro y la dejó caer de nuevo. No sabría reconocer los buenos pómulos de los malos. No sabía como arreglar todo lo que estaba mal en ella. Todo lo que sabía es que le gustaba Raj Patel desde hacía dos años y que él estaba más interesado en patear un balón de fútbol que en ella.

“He intentado todo lo que se me ha ocurrido,” confesó sintiéndose miserable. “Pero él me ve como una amiga.”

“Probablemente él diga lo mismo sobre ti.” Suspiró Elizabeth. “Ambos son imposibles. Es obvio que se gustan el uno al otro, pero ninguno de ustedes hace algo al respecto.”

“No sé cómo hacer las cosas que tú haces.” Isabelle señaló la corta falda de Elizabeth y su perfectamente esponjado cabello. “No sé como atraer la atención de los chicos.”

“Vamos, no tiene ciencia.” Inclinando su cabeza, Elizabeth la estudió, dándose golpecitos con el dedo en la mejilla. “O tal vez la tenga. ¿Sabes qué? Si el maquillaje te hace sentir más segura de ti misma, puedo dejarte alguno. Tengo el delineador perfecto para ti. Y tu cabello luciría mucho mejor con un poco de mousse.” Estaba emocionándose con el tema, sus ojos rondaban por la cara de Isabelle como si pudiera ver la transformación. “Déjame arreglarte.”

“No lo sé,” dijo Isabelle. “No creo estar hecha para eso de la seducción.”

“Claro que lo estás.” Elizabeth lo descartó haciendo un gesto con su mano. “Traeré algunas cosas a tu dormitorio más tarde y podemos probarlo. Si no te gusta puedes quitártelo en ese instante.” Isabelle abrió la boca para protestar, pero Elizabeth siguió. “Sabes, solo se consigue ser bonita y atrevida una vez en la vida. Lo que no quieres es ser atrevida después cuando solo se ve trágico. Necesitas hacerlo ahora, mientras seas joven y cool.” Colocó una mano en su cadera y uso todo el poder de su sonrisa en un grupo de chicos más jóvenes que pasaban por ahí. Dos de ellos tropezaron mientras se volvían para mirarla. “¿Lo ves?” Se giró de nuevo hacia Isabelle. “Todo está en la seguridad. Todo lo que necesitas es fe en ti misma, y Raj caerá rendido a tus pies.”

Eso no parecía posible, pero no tenía sentido debatir contra Elizabeth una vez que tenía una idea metida en la cabeza. En lugar de eso, Isabelle preguntó, “¿Por qué te interesa tanto que estemos juntos?”

“No me interesa. Lo único que digo es que él es una buena opción para ti,” dijo Elizabeth. “Es inteligente. Es súper lindo. Y no luce como alguien que va tras tu dinero.”

La sonrisa de Isabelle se desvaneció. Miró a su amiga como si de repente hubiera dejado de hablar en inglés. “Claro que no va por mi dinero. Qué cosa tan extraña dices.” “No me digas ‘claro’. Tienes que pensar en estas cosas.” Girándose al espejo, Elizabeth se examinó a sí misma, enrollándose el cabello en la punta de sus dedos. “Vas a valer millones algún día. El mercado de valores se derrumbó hace unos meses y de alguna manera tu padre hizo dinero con ello. Escuché al asesor financiero de Lucinda decirle que el fondo fiduciario que tu padre creó para ella se disparó.” Lucinda era su madre. Por motivos que Isabelle desconocía por completo, ella nunca le llamaba “mamá”.

“Todos los chicos en este colegio que hayan perdido su fondo fiduciario van a estar olfateando a nuestro alrededor tarde o temprano,” Elizabeth continuó. “Pero Raj... me parece alguien a quien no le interesa mucho el dinero.”

Su tono era tranquilo, como si estuviera hablando de algún trabajo escolar, pero sus palabras sacudieron a Isabelle. No se le había ocurrido nunca que tendría su propio dinero, o que alguien pretendería ser su amigo para conseguir de su dinero. Pero su padre era Alastair St John. Todos sabían que él era uno de los hombres más ricos en el país. A excepción de algunos estudiantes con beca, todos en Cimmeria provenían de familias de dinero, pero no como su familia. Su padre se había hecho de múltiples fortunas –todo lo que tocaba en verdad se transformaba en oro, y regularmente hacía donaciones al colegio. Eso era importante. Incluso los profesores la trataban diferente a otros estudiantes. Hollis la perdonó de inmediato por saltarse las clases la semana anterior. Ni siquiera le dieron detención. Elizabeth rompía las reglas constantemente, y todos los profesores la trataban como a la estudiante perfecta.

Y Raj se lo dijo esa misma tarde, *¿No es cierto? Podrías salirte con la tuya en esto.*

Aun así, Elizabeth estaba equivocada –ella no iba a ser la heredera de su padre. Había alguien más en la línea para eso.

“No creo que vaya a heredar mucho,” dijo un segundo después. “Nathaniel lo hará. Todos lo saben.”

“Tal vez.” Elizabeth la miró. “O... tal vez no.”

Isabelle estaba confundida. Su medio hermano Nathaniel era dos años mayor que ella, y era un hombre. Sería lo normal que él heredara la mayor parte del patrimonio de su padre.

“¿Por qué no habría de heredarlo todo?” le preguntó.

“No lo sé.” Elizabeth continuó mirándose en el espejo, sacó un labial de su bolsillo e inició a pintar sus labios de un tono frambuesa. “Lo único que sé es que Lucinda dice que tiene el presentimiento de que no lo hará.”

“Pero si *él* no hereda el dinero...” Inició Isabelle. Elizabeth terminó la frase por ella.

“Tú lo harás.” Cerrando el labial con un sonoro click, lo guardó en el bolsillo de su americana. “Eres su única otra hija. Y de acuerdo a Lucinda, su favorita.” El logo de Cimmeria en la solapa brilló blanco contra la oscura tela cuando se recargó sobre la mesa de mármol.

“Pero...” Isabelle continuaba frunciendo el ceño, “eso no tiene sentido. ¿Por qué yo?”

“No estoy segura de que a tu padre de agrade mucho Nathaniel. Lucinda siempre habla sobre eso. Está mucho más interesada en él que en mí.” Le dio una mirada a su reloj de mano. “Bien. Es hora de irme. Se supone que me encuentre con Aaron en la capilla para un poco de acción ilícita de labios.”

Isabelle no dijo nada. Su mente seguía dando vueltas a la bomba que su media

hermana le había tirado encima. Sus padres se mantuvieron cercanos después de su divorcio. Su madre recién había vuelto a casarse, con un financiero con bastante dinero. Había sido amable en las raras ocasiones en que Isabelle y él se habían visto, y su madre lucía feliz, y eso era todo lo que importaba. Aun así, extrañaba Escocia –después de casarse, su madre vendió su casa en las afueras de Edimburgo y ella y su nuevo esposo pasaban su tiempo entre Londres y una finca en Hampshire. Por supuesto que nadie le preguntó a Isabelle qué es lo que ella quería. Pero, ella prácticamente vivía ahí.

Elizabeth empezó a alejarse pero se giró abruptamente. “Oh, oye. Habrá una hoguera en el castillo esta noche después del toque de queda. Deberías venir.” Isabelle ya había comenzado a negar con la cabeza cuando agregó, “Raj estará ahí. Iré a tu habitación después de cenar para maquillarte. Podrás deslumbrarlo.”

Sonrió con malicia. “Si no vienes a reclamarlo –ten cuidado. Tal vez yo vaya a hacerlo.”

Parte 2

Esa noche, Isabelle dejó su habitación justo antes de la media noche. Se debatió consigo misma durante horas sobre si debería hacerlo o no pero, como Elizabeth debía saber, que Raj estuviese en la hoguera superó su conciencia y su natural tendencia a ser cautelosa.

Al salir, se detuvo para observarse en el espejo –el rostro al que miraba estaba casi irreconocible. Tal como lo prometió, Elizabeth fue a su habitación después de la cena con los bolsillos llenos de cosméticos. Con su estéreo en la esquina del dormitorio reproduciendo a Whitney Houston cantando “I want to dance with somebody...” llena de energía, la sentó y le mostró cómo delinearse los ojos con un lápiz, usar sombras en los párpados y resaltar sus pestañas con máscara de pestañas.

“Todo lo que necesitas,” le dijo, aplicando bronceador con una brocha en las mejillas de Isabelle, “es resaltar tus mejores atributos.” Cuando terminó, se inclinó y sonrió.

“Quiero decir, *soy* buena. Si Raj no se fija en ti hoy, necesita anteojos.”

Isabelle ahora se veía más cómo las chicas guapas. Sus inusuales ojos color ambar de repente lucían dramáticos y rodeados con delineador. Nunca se había fijado en sus labios, pero ahora parecían extrañamente obvios. Su cabello imposible por primera vez estaba casi controlado, pero había crecido el doble de su tamaño normal después de que Elizabeth colocara mousse en él formando ondas.

“Luzco como una de las cantantes de apoyo de Wham,” murmuró para sí misma. Pero tampoco intentó quitarse nada del maquillaje. Si eso era lo necesario para atraer la atención de Raj, entonces lo usaría.

Se preguntó mil veces qué ponerse, pero el colegio le daba pocas opciones. No había punto en usar el uniforme, así que lo cambió a los leggins entallados que usaba para educación física, con botines y una blusa blanca extra grande. Llevaba encima un suéter delgado que trajo desde casa, y se colgó unos grandes y plateados pendientes de aro para atrapar la luz. Cuando terminó, se roció el perfume Halston que le dio su madre por su cumpleaños.

Al menos lucía (y olía) más interesante de lo usual.

No estaba segura de por qué lo intentaba tanto, pero algo le decía que esa noche era importante. Tenía un sentimiento de ahora o nunca sobre esta fiesta.

Algo que Elizabeth le había dicho antes de irse la dejó pensando. Después de que Isabelle estuvo lista, se adentró en el pasillo.

“Sabes, Izzy, Raj es un buen chico, pero es totalmente posible que no te merezca.”

Eso tomó tanto de sorpresa a Isabelle que le tomó un momento responder. “¿Qué quieres decir?”

“Es solo que, eres *tú*. Eres bonita e inteligente y rica.” Levantó una mano para detener las objeciones de Isabelle. “Ya sé que crees que eso no debería de importar, pero sí importa. Tienes todo para ofrecer. Si él no lo ve, entonces te mereces algo mejor. Hay algunos chicos geniales ahí fuera. Encuentra a alguien que te aprecie. ¿De acuerdo?”

Había una pizca de piedad en la voz de Elizabeth, y eso era la peor parte. Isabelle quería defenderse, pero la verdad era que, había esperado por años que Raj se fijara en ella. Todos sabían que sentía algo por él, y él simplemente lo ignoraba.

Elizabeth tenía razón. En algún momento aceptó que serían solamente amigos.

La peor parte del amor es que no puedes hacer que nadie te ame de vuelta. Pero, por Dios, puedes *intentarlo*. “No pierdo nada,” se dijo a sí misma. Se quitó las botas y, llevándolas en la mano salió de la habitación, cerrando suavemente la puerta detrás de ella.

El estrecho pasillo estaba silencioso y oscuro –la mayoría de las luces no funcionaban pero nadie se había preocupado por cambiarlas –aunque ella conocía el colegio tan bien que no necesitaba ver por donde caminaba al pasar de puntillas docenas de puertas como la suya, cada una con un número pintado en negro brillante. Al final del corredor bajó las escaleras de prisa hacia el primer piso, donde una línea de estatuas de mármol lucían fantasmales a la luz de la luna. Trató de no mirarlas mientras se apresuraba hacia la curva escalera principal con la mirada baja. Había algo en ellas que le provocaba escalofríos. Eran demasiado expresivas. Cuando era más pequeña estaba convencida de que cambiaban de posición

siempre que les daba la espalda, para observarla más de cerca. Ya era lo suficientemente mayor para no creer en esas cosas, pero aun así intentaba no mirarlas directamente.

Apenas había alcanzado el último escalón cuando escuchó un ruido detrás de ella.

Se congeló con una mano apoyada en la barandilla de roble gastado y levantó la mirada. La luz de la luna a través de las altas ventanas provocaba sombras extrañas entre las estatuas, dando la ilusión de que se balanceaban y movían en la oscuridad.

Se le puso la piel de gallina en la parte posterior de los brazos. Amaba Cimmeria, pero con las telarañas y las ventanas agrietadas, la manera en que las pipas hacían sonidos iguales a los de una persona caminando entre los muros, el lugar era malditamente tenebroso de noche.

Podría haberse golpeado a sí misma por no irse al mismo tiempo que Elizabeth. Pero no se había convencido hasta el último minuto de que sí que iría. Todos los demás se habían ido al castillo hace casi una hora.

Estúpida indecisión, pensó adentrándose en la oscuridad.

No veía a nadie cerca de ella. No había movimiento en el ala de los dormitorios de los profesores, justo al otro lado de donde ella se encontraba.

Tal vez se lo había imaginado.

Soltó la barandilla y bajó el último escalón. En el segundo en que lo hizo, un fuerte *bang* resonó entre el silencio, desde algún lugar arriba. Algo se había caído o lo habían empujado. Sea lo que fuera que hiciera ese sonido, no quería saberlo.

Se alejó, patinando sobre sus calcetines mientras avanzaba hacia en el amplio pasillo, pasando por el comedor y la sala común, asombrosamente silenciosa a esa hora, y después hacia la entrada principal, donde el piso se volvía de piedra vieja y suave, deteniéndose solo cuando se deslizó hacia la alta y arqueada puerta principal. Oscurecida por el hollín y por el tiempo, parecía tan vieja como lo era la misma escuela. El mecanismo para bloquear la puerta era viejo, un pesado dispositivo de hierro que involucraba (lo sabía por experiencia) jalar un pestillo en la parte superior y a la vez girar una perilla debajo, y después abrirla sin soltar ninguno de los dos.

Colocó sus botas debajo del brazo y trató de agarrar el seguro pero sus manos estaban húmedas por los nervios y no podía tomarlo: sus dedos resbalaron del pestillo tres veces antes de lograr tener un buen agarre y lograr abrir la puerta.

El aire frío de la noche entró, con el aroma del verano Inglés de hojas de pino, césped y flores nocturnas. Sin mirar atrás, se internó en el exterior y se dio la vuelta para cerrar la puerta. El sonido del pestillo al cerrarse le resultó demasiado fuerte en el silencio, pero era muy tarde para preocuparse por cosas como esa.

Caminó por el camino de piedras que se curvaba en frente de la escuela como un

signo de interrogación. La grava se sentía como cuchillos pequeños y fríos que le cortaban los pies, saltaba sobre un pie y luego sobre el otro al ponerse las botas.

Cuando terminó, miró a su alrededor. Un suspiro tibio de emoción la recorrió. Era casi media noche pero se sentía completamente despierta. Sobre ella, la luna llena iluminaba el colegio con el poder de cientos de luces. Podía mirar cada ladrillo victoriano rojo brillante, los picos empinados del antiguo techo. Las puntas de las chimeneas que sobresalían. El brillo de las luces de las pocas ventanas del último piso, de los estudiantes que seguían despiertos. Y delante, el camino curvo alrededor del edificio, que se adentraba en el bosque, y más allá de él, la colina que llevaba al viejo castillo en la cima.

Algo se apretó en sus costillas alrededor de sus pulmones y, por alguna razón, quería reírse. Ella no era de las que rompen las reglas, pero sí que había salido esa noche. De cualquier manera no iba a poder dormir. No con una luna como esa.

Un ave voló a través del cielo, dejando una suave sombra sobre el césped, de un tono oscuro sobre el verde. Mirarla hizo que le recorriera un escalofrío.

Abrazándose los hombros, corrió a la orilla de la grava, donde sus pasos serían más silenciosos, con los pasos largos y seguros, hasta que pasó por el ala de los salones de clase, donde se unió al sendero que pasaba entre los árboles. Solo ahí aminoró la marcha para caminar deprisa.

Había olvidado traer una linterna, pero no necesitaba una. La luna iluminaba el césped como un día para la noche. Podía ver las agujas de los pinos en las ramas –delgadas, dentadas y claras. A su izquierda la cúpula blanquecina fantasmal de la locura se elevaba sobre los árboles.

Todo parecía normal, pero la noche se sentía eléctrica. Como si esperara por algo que sabía que Isabelle no esperaba. Algo que estaba a punto de ocurrir.

“Me estoy volviendo loca,” susurró para sí misma. No era el tipo de persona que *siente* cosas en el aire. Era alguien racional. No creía en los horóscopos o en las bolas mágicas. No quería que le leyeran la fortuna. No muchas cosas la asustaban. Estaba completamente enfocada en ser la mejor de la clase, y siempre creyó que todo lo demás eran simples distracciones sin sentido.

Ese era el motivo por el que normalmente no iba a esas fiestas. Tenía un plan de vida, y no incluía alcohol o detención, ni tampoco heredar el dinero de su padre. Nunca se lo dijo a Elizabeth –porque sabía que se reiría de ella- pero, no quería nada de eso. Quería seguir los pasos de su abuela. Quería tener un sitio en la junta directiva como Lucinda con todos esos hombres, y probarles que una mujer podía hacer todo lo que ellos podían. Quería dirigir una compañía que diera trabajo a muchas personas para hacer sus vidas mejores. Pero principalmente, quería ser un miembro del parlamento. Entonces podría cambiar leyes que

eran injustas. Creció siendo consiente de las constantes protestas en el país por todas las cosas que hacía el gobierno. Si tantas personas estaban lo suficientemente molestas como para confrontar a la policía, entonces algo estaba mal. Y ella quería corregirlo.

Elizabeth siempre le dijo que estaba desperdiciando su juventud. Y tal vez lo estaba. Pero ella no lo veía así. Ella pensaba que estaba usándola para prepararse para cambiar el mundo.

Eso es lo que debería de estar haciendo en ese momento, se dijo a sí misma. Debería estar en su dormitorio preparándose para las clases del día siguiente, en lugar de estar cazando chicos.

Enseguida se dio cuenta de que había oscurecido. Miró a su alrededor, sorprendida de que al estar perdida en sus pensamientos, se había adentrado en el bosque y había comenzado a subir la colina. Las ramas de los altos pinos escoceses se elevaban sobre su cabeza, formando un túnel que tapaba la luz de la luna.

Apresuró el paso, tratando de no mirar mucho las sombras debajo de los árboles. Pensó en los demás, ya en el castillo, sentados alrededor del fuego bebiendo el vino que habían robado de las bodegas que los profesores pensaban que los estudiantes no sabían que existían, o la ginebra que habían traído con su equipaje. Quería estar con ellos en ese momento.

Ahí fue cuando escuchó pasos detrás de ella, firmes pero acercándose veloces. Respiró hondo. A alguien más se le había hecho tarde. Podría caminar junto con él.

Aún así, no aminoró la marcha. Los pasos continuaban detrás de ella, firmes y tranquilos.

“¿Hola?” preguntó en la oscuridad con voz insistente. Nadie respondió. Temblando, ajustó la chaqueta sobre sus hombros y comenzó a trotar. Al instante, los pasos aceleraron. Quienquiera que fuera, la estaba siguiendo.

Isabelle miró sobre sus hombros pero solo logró ver oscuridad. Los pasos parecían seguirle el ritmo.

Sabía que los sonidos se escuchaban extraños en el bosque. La persona podría estar más alejada de lo que se escuchaba.

O, le susurró la voz en su cabeza, más cerca.

Ya sin aliento por correr cuesta arriba, se forzó a moverse más rápido, esperando no escuchar nada más. No más pasos. No había nadie ahí.

Pero, detrás de ella, la persona oculta también aceleró el paso. Podía escuchar las pisadas más claramente, rápidas pero disparejas, un pedazo de grava deslizándose debajo de un talón mal colocado.

Por primera vez, se sintió realmente nerviosa. Definitivamente había alguien

siguiéndola. ¿Quién haría eso? ¿Quién podría saber que ella estaba ahí?

Pensó en lo que Elizabeth le dijo ese día, sobre personas que querrían su dinero, sabiendo que su familia era rica. Si los chicos lo sabían, otras personas podrían saberlo también. Desconocidos podían saberlo. Se sintió expuesta –como si todos sus secretos hubieran sido revelados.

En segundos, se encontró a sí misma corriendo. No sabía por qué lo estaba haciendo. Nunca había ocurrido nada ahí –era perfectamente seguro. La escuela no estaba cercada ni cerrada, pero la entrada estaba marcada como “privada” y estaba a dos millas de la carretera más cercana al edificio del colegio. De repente, eso no parecía suficiente.

¿Por qué no hay una cerca? ¿Por qué no estamos mejor protegidos? Se preguntó mientras volaba cuesta arriba, sin prestar atención al camino desigual. *Necesitamos más seguridad. Necesitamos guardias...*

“¡Isabelle! ¡Espera!” La voz provenía de detrás de ella. Hombre. Con un leve acento escocés.

Alentó sus pasos, y se dio la vuelta, sin aliento, justo cuando Nathaniel salía de la oscuridad detrás de ella. Se sintió avergonzada.

“Oh, eres tú,” dijo, esperándole.

Él se detuvo a una corta distancia de ella, sus manos se hundieron en sus bolsillos, con una cautelosa mirada, casi herida, en su fino rostro. “¿Por qué corriste?”

Era tan propio de él asustarla de muerte y después ofenderse de que ella estuviese asustada.

“No sabía que eras tú,” le dijo, agregando, para explicarse, “está oscuro.”

“Yo tampoco estaba seguro de que fueras tú al principio. No esperaba que estuvieras aquí,” dijo. “Normalmente no vas a estas cosas.”

“Tampoco tú,” le recordó. “O, al menos pensé que no lo hacías.”

“Normalmente no,” agregó. “Pero esta noche me dieron ganas, no lo sé.” Se encogió de hombros, pateando una roca hacia los helechos fuera de su camino. “Algo distinto”.

Era tan raro que al parecer quería tener una conversación en una ladera en la oscuridad, mientras actuaba como si cada palabra fuera insoportable.

¿Por qué es tan extraño? Se preguntó Isabelle.

“Tampoco podía dormir.” Hizo un gesto hacia el brillo que se filtraba entre las largas ramas de los árboles sobre ellos. “Es la luna.”

Él levantó la vista sin entender. “¿Qué tiene que ver la luna?”

“Está científicamente comprobado que la luna afecta el comportamiento humano,” le informó.

“Se cometen más crímenes en las noches en que hay luna llena. Y más gente muere.”

Hizo cara de aburrimiento “Nunca creí esas cosas sobre la luna. Es decir, ¿Cómo puede eso lastimarnos? Es solo una roca.”

Mientras hablaba miraba a Isabelle. Tenían distintas madres pero se le ocurrió que por primera vez nadie se sorprendería de que estuvieran relacionados. Compartían los pómulos de su padre, un fuerte mentón y un dorado cabello castaño. La diferencia principal eran sus ojos. Ella tenía los distintivos ojos color ambar de su madre, mientras que él tenía una mirada azul.

“Las rocas pueden lastimarte.” Le contestó amargamente. “Quiero decir, si te golpeas lo suficientemente fuerte con ella.”

Él ladró una breve carcajada. “Bien, no puedo discutir con eso.”

Al parecer eso rompió el hielo, y ambos comenzaron a caminar colina arriba.

A Isabelle se le dificultó pensar en algo para llenar el silencio. Continuaba escuchando la voz de Elizabeth diciendo *No estoy segura de que a tu padre le agrade tanto Nathaniel*. Se sentía como una traición pensar siquiera pensar en ello. Porque tan pronto como lo dijo supo que era verdad. Siempre había sido evidente que a su padre no le agradaba mucho su único hijo. Lo mandaba tan lejos como podía, y pasaba el menor tiempo posible con él. Nathaniel estuvo desesperado por un padre que se preocupara por él, y al final, había sido Lucinda quien le mostrara ese afecto. Pero era a su padre a quien quería.

Su madre había muerto cuando aún era muy joven –fue criado al principio por nanas. Cuando Isabelle era una niña, Nathaniel estuvo cerca, un delgado chico de ojos tristes, siempre jugando solo. Habían trabado una especie de amistad cuando ella fue lo suficientemente mayor como para jugar, pero siempre fue demasiado pequeña para ser un compañero de juegos. Aun así, hubo un momento fugaz en que pudieron haber formado una amistad más cercana. Cuando ella tenía cinco años y él siete, ella tuvo la edad para parecerle interesante. Habían pasado ese verano corriendo por el césped de la mansión escocesa donde vivía su padre. Nathaniel la incluía en sus juegos –buscando piratas en el estanque, buscando tesoros entre los árboles.

Pero semanas después Nathaniel cumplió ocho, y su padre lo mandó a un internado. Después de eso, ya no se vieron mucho. Él regresaba en verano por unas semanas, casi irreconocible por lo mucho que había crecido y cambiado. Hablaban poco, pero la conexión familiar que habían formado durante esos cálidos meses había terminado. Era introvertido y tendía a guardarse todo para él mismo. No le devolvía las sonrisas.

Entonces sus padres se divorciaron y después de aquello apenas y se veían.

Ella tenía doce cuando entró a Cimmeria, para ese momento él cumplía los catorce, y la brecha entre ellos parecía inmensa. Él mostraba poco interés en recuperar algún tipo de amistad. Era educado pero para nada cálido. Y al parecer lo único que ella podía hacer al

respecto era guardar las distancias.

Siempre se sintió algo triste de que no fueran cercanos –ella y Elizabeth se hicieron amigas desde el principio. Pero Nathaniel siempre se mantuvo forastero. Por lo que veía, él tenía pocos amigos. Quería mantener a la gente alejada, y funcionaba.

El silencio se intensificó gradualmente y se encontró a sí misma siendo paranoica, presentía que él sabía todas las cosas que Isabelle no decía en voz alta.

Di algo, se rogó a sí misma, en silencio. *Todo menos eso*.

“Debe ser raro para ti.” Las palabras salieron de ella demasiado fuertes, y él le regresó una mirada extrañada. Se apresuró a explicar, “Me refiero a que es tu último año en Cimmeria. Tus últimas hogueras en el castillo, todas esas cosas.”

“¿Honestamente? No puedo esperar a salir de aquí.” El veneno en sus palabras la tomó por sorpresa y parpadeó mientras él continuaba. “Detesto este lugar. El director debió retirarse hace una década –la mitad de los profesores ya pasaron su edad de jubilación, difícilmente pueden mantenerse despiertos lo suficiente como para dar sus clases. El edificio está desmoronándose bajo nuestros ojos, el césped está demasiado alto.” Señaló los árboles con la mano como si ellos, también, fueran inadecuados. “Es un colegio terrible. He desperdiciado años aquí. Años. Todo porque nuestro padre tiene alguna especie de obsesión con este lugar. No, no me molesta irme, en lo absoluto. Me iría hoy si pudiera.”

“Pero, seguro que tienes amigos aquí.” Dijo cautelosamente. “Seguro vas a extrañarlos.”

Soltó una carcajada despectiva. “¿Quién sería mi amigo aquí? Puede que en Eton o Harrow tuviera amigos. Pero padre insistió en que viniera aquí.” Su tono era arrogante, pero había algo escondido. Algún tipo de lamento. Isabelle se preguntó si él sabría todas las cosas que le dijo Elizabeth. Si sabría que no le agradaba a su padre. Y si eso lo hacía sentirse más solo.

Volteó a mirarla abruptamente. “Pero a ti sí te guata aquí, ¿No es cierto?” Sonaba a acusación.

“Eso creo. Es decir, veo a qué te refieres –los profesores son algo viejos, y el edificio necesita arreglos. Pero...” Bajó la mirada hacia donde los helechos se extendían suaves desde los lados del camino rozando sus piernas. “Tiene algo.”

“Algo tóxico,” murmuró.

“Desearía que alguien arreglara el lugar,” dijo, ignorando a Nathaniel. “Que se le diera la atención que merece.”

Entre los árboles, observó un tenue resplandor que iluminaba el horizonte. Podía sentir el aroma del humo dulce de madera en la brisa. Se sintió aliviada. “¡Oh, mira! La hoguera. Ya estamos por llegar.”

El labio de Nathaniel se curvó como si la hoguera fuera otra de las cosas ridículas de Cimmeria, aligeró el paso pero ella no esperó a por él, trotando por la cima de la colina hasta el viejo muro de piedra que rodeaba la fortaleza en ruinas. Trepó por las rocas sin mirar atrás. Un grupo de unas veinte personas estaban reunidas alrededor de las flamas de la hoguera. Casi de inmediato, Elizabeth la miró y se puso de pie de un salto.

“¡Estaba comenzando a creer que no ibas a venir!” Sus mejillas estaban sonrojadas por lo que sea que estuviera burbujeando en el vaso de plástico que llevaba en la mano. Tomó a Isabelle de la mano y la jaló hacia el fuego. “¡Caroline va a mostrarnos cómo hacer s’mores!”

Caroline era una estudiante de intercambio que había llegado en otoño desde América, trayendo consigo frases curiosas, música extraña y copias de la revista *Rolling Stone* que los estudiantes se pasaban como de contrabando.

Isabelle empezó a seguirla pero entonces, recordando que Nathaniel estaba detrás de ella, se dio la vuelta. “Ven con nosotr...”

No había nadie ahí. En algún punto, se desvaneció tan de repente como cuando apareció. “¿Con quién hablas?” Elizabeth miró a las sombras detrás de ella y, al no ver a nadie, le dio un ligero empujón en el hombro. “Estás hablando a pretenderle a gente.” Sus ojos brillaban demasiado y arrastraba un poco las palabras. Isabelle notó que estaba completamente ebria. Forzó una sonrisa y se encogió de hombros. “Mis amigos imaginarios son mis mejores amigos. Por cierto, creo que estás ebria.”

Elizabeth le ofreció una radiante sonrisa. “Tristam hizo ponche, y los chicos lo trajeron en una cubeta. Está delicioso.”

Quitándole el vaso de las manos, Isabelle inhaló dudosa. Su nariz se arrugó por completo. “Esto es prácticamente alcohol puro. Deberías medirte con esto.”

Elizabeth se encogió de hombros y le arrebató el vaso dándole un gran sorbo. “Que valga la pena”.

Isabelle miró con preocupación a su media hermana que se dirigía tambaleante hacia la multitud. La siguió a la distancia, cuidando por donde caminaba. Los restos del castillo se limitaban a una fortaleza –sus ventanas, el techo, y las puertas habían desaparecido, pero la forma gruesa y redonda continuaba en su lugar. El resto se había quebrado con el tiempo, y grandes trozos de mampostería antigua yacían en el suelo.

Cuando alcanzaron a los demás, Elizabeth la tomó de la mano y la atrajo hacia ella, sentándose a su lado en una larga piedra.

Cuando se unió al grupo, Isabelle escaneó sus rostros, pero no había señal de Raj.

“Oye,” dijo en tono casual, “¿Has visto a Raj?”

Elizabeth le dio una mirada inquieta. “Ah, sí, hay algo que necesito decirte.” Acercó

a Isabelle, pero la tomó demasiado fuerte y casi la hizo caer. Isabelle tuvo que sujetarse de la piedra en que estaban sentadas para no caerse. Elizabeth se inclinó hacia ella. “Está aquí,” dijo susurrando. “Pero no está solo.” Su aliento olía a vodka con algún jugo de frutas demasiado dulce.

Isabelle buscó sus ojos. Esperando que estuviera lo suficientemente sobria como para explicarlo. Elizabeth lanzó una mirada a la fortaleza del castillo. “Está con Caroline.” El corazón de Isabelle se detuvo. El castillo era a donde las parejas iban a enrollarse sin que nadie los viera.

“Oh.” Dijo.

Elizabeth sacudió la cabeza y dio otro sorbo a su vaso. “Traté de decirle, Izzy. Pero no me quiso escuchar. Es un imbécil. Un completo imbécil. Estás mucho mejor sin él.”

Isabelle mantuvo la mirada fija en sus botas mientras que un calor recorría su rostro. Eso era peor de lo que se podía imaginar. Elizabeth, ebria y determinada, seguro le había dicho a Raj que le gustaba a su media hermana. Así que ahora, él conocía la verdad, y estaba por ahí enrollándose con la rubia, bronceada y californiana Caroline. La creadora de los s'murfs.

“Fabuloso,” suspiró a sus botas, como si solo ellas comprendieran su dolor.

Sintiendo decaer su humor incluso con la bruma del alcohol, Elizabeth recogió una rama larga y se la pasó.

“Vamos a quemar malvaviscos,” le explicó. Se detuvo a mirar la rama con la mirada vacía, antes de comenzar a reírse. “De otra manera.”

Isabelle levantó la cabeza para mirarla. Siempre era algo salvaje, pero nunca había visto a su media hermana así de alcoholizada.

“Ha estado bebiendo como un pez toda la noche.” La voz filosa como cristal venía de su codo, y volteó justo cuando las llamas del fuego iluminaron el rubio cabello, y la distintiva, aristocrática cara de Julian le Fanult. “Todos lo han hecho. Es como una fiesta en el fin del mundo.”

“¿Por qué nadie la detuvo?” demandó Isabelle, mirando a Elizabeth, quién estaba teniendo dificultades para clavar un malvavisco en la punta de la rama.

Levantó las cejas. “¿Alguna vez has intentado detener a Elizabeth Meldrum de hacer precisamente lo que ella quiere? Es como tratar de detener a un río de correr hacia el mar.”

“Pero, mírala.” Isabelle hizo una mueca hacia donde la otra chica ahora estaba estudiando y susurrándole al malvavisco en la hoguera. “¿Cómo vamos a hacer para llevarla de vuelta al colegio?”

“He estado pensando en eso por un rato,” dijo Julian. “Estoy empezando a pensar que esta es una de esas noches donde todos necesitan salvarse por sí mismos. Sugiero que la

dejemos en la sala común sana y salva, la cubramos con una sábana, y después cada quien a su habitación, así cuando Ferge se encuentre con la mitad de los estudiantes de último año inconsciente por la mañana, nosotros estaremos angelicalmente acurrucados en nuestras camas. Sobrios como vicarios.”

A pesar de su preocupación por Elizabeth, Isabelle se encontró a sí misma sonriendo. Siempre le había agradado Julian. Era callado, pero cuando hablaba generalmente era deliberadamente gracioso, o increíblemente silencioso. Era una habilidad admirable.

“No puedo dejarla,” le recordó. “Es como mi hermana.”

“¿Quién?” dijo Elizabeth parpadeando. “¡Oh, yo!” Parecía feliz con su descubrimiento. “¿Con quién hablas?” Se inclinó sobre el regazo de Isabelle para mirar a Julian. “¡Oh, eres tú! Eres tan lindo.” Le apuntó con el dedo, con el codo clavando la pierna de Isabelle. “Te gusta Isabelle, pero ni siquiera lo intentes. Ella está enamorada de Raj.” Apuntaba con su mano a ambos de ida y vuelta. “¡Desafortunado! ¡Muy desafortunado!”

Isabelle tuvo suficiente. Le arrebató a Elizabeth el vaso de plástico de las manos y derramó su contenido en el césped.

“Ya fue suficiente alcohol para ti.” Le anunció, quitándose a Elizabeth del regazo y poniéndose de pie mientras que la otra chica comenzaba a protestar. “Nos vamos. Estás demasiado ebria. Te dejaré en tu cama antes de que te quedes dormida.”

Julian se levantó para unirse a ellas. Con más de seis pies de alto, se alzó sobre ella. “Déjame ayudarte.” La expresión en su rostro no mostraba evidencia de haber escuchado algo de lo que Elizabeth había dicho hace unos segundos, aunque seguramente lo había oído.

Aferrándose a la rama flameante, con el malvavisco en la punta, los miró a los dos. “¿Qué son, los Stasi? Acabo llegar, y yo me quedar.”

“No lo creo.” Julian se acercó a un lado de Isabelle. Mirando al resto del grupo les dijo, “Beban, perdedores. Es casi la una. Estamos a punto de convertirnos en calabazas.”

Los demás protestaron, pero asintieron, como si supieran que tenía razón.

Isabelle pensó que había algo autoritario en Julian. Algo que hacía que la gente lo escuchara. Podría aprender de él. Aplicarlo ella misma.

Desde el rabillo del ojo, se fijó en dos personas que tropezaban fuera de la fortaleza del castillo. Miró el oscuro cabello de Raj, y el largo y rubio cabello de Caroline que atrapaba las luces del fuego, transformándose en oro. Él rodeaba los hombros de Caroline con el brazo, y ella lo llevaba de la mano. Parecían felices.

Ignorando el hielo que se estaba formando en su estómago, se forzó a sí misma a concentrarse en mantener a Elizabeth de pie.

“Vamos Lizzie,” repetía, tratando de levantarla. “Tenemos que irnos. Es tarde.”

“Acabo llegar,” objetó Elizabeth, pero soltó la rama y se puso de pie mientras se

tambaleaba.

“Claro.” Julian tomó a Elizabeth del codo izquierdo. Isabelle colocó su brazo alrededor de su cintura al otro lado, y se encaminaron hacia el camino entre las ruinas.

“¡Quiero quedarme!” protestó Elizabeth, tratando de regresar. Pero la sostuvieron firmemente y siguieron dirigiéndose al colegio.

“Esta no es la noche que esperaba que fuera,” dijo Isabelle, más que nada para sí misma.

Por encima de la cabeza de Elizabeth, Julian le dio una sonrisa enigmática. “Eso es lo que pasa con las hogueras. Siempre resultan algo extrañas.”

¿En verdad le gustaba? Elizabeth era una molestia, pero rara vez se equivocaba en este tipo de cosas. Y si le gustaba, era él en quien pensaba cuando le dijo esa tarde a Isabelle que no esperara a por Raj.

Le desconcertó no haber notado antes que Julian estaba interesado. Pero, para él era fácil ocultar sus emociones.

Isabelle se preguntó si podría gustarle tanto como le gustaba Raj. Esperaba que sí. Porque estaba harta de sentirse ignorada. Por un rato, estuvieron ocupados navegando a Elizabeth a través de una abertura en el muro de piedra y bajando por el camino. Lejos de la calidez del fuego y el aroma del alcohol, tranquilamente comenzó a quedarse dormida, así que más que nada se trataba de mantenerla de pie y caminando.

“Es muy pequeña para estar tan pesada.” Observó Julian, mirándola.

Isabelle, cansada por el esfuerzo de mantenerla de pie dijo, “Ella te mataría si te escuchara decir eso.”

Eso lo hizo reír. “Si alguna vez se entera sabré a quién culpar.”

Hubo una breve pausa mientras seguían el camino entre los árboles, donde la luz de la luna formaba patrones elaborados en el piso del bosque.

“Es una pena que no hayas llegado antes,” dijo Julian, mirando hacia el frente. “Tal vez Elizabeth esté ebria, pero tenía razón en algo –sí planeaba invitarte a salir.”

Así que la había escuchado.

“¿De verdad?”

“Sí. Lo tenía planeado desde hace siglos. Pensé que, bueno, esperaba que la hoguera funcionara a mi favor. Romance y esas cosas.” El calor subió por sus mejillas, agradeció la oscuridad. No estaba segura de qué hacer. Estaba enamorada de alguien más. Pero ahí estaba un alto, considerado chico confesándole abiertamente que estaba interesado en ella. Diciendo todo lo que Raj nunca le dijo.

Tal vez, el tiempo de espera había terminado, y algo nuevo podría comenzar. Aclaró la garganta. “Bien, aquí estamos bajo la romántica luz de la luna.” Dijo, cambiando su agarre

en la cintura de Elizabeth. “Deberías pedírmelo.”

En la pálida luz azul, miró sus labios curvarse. “Isabelle,” dijo Julian, “¿Saldrías conmigo?”

“Me encantaría.” Respondió, alejando todo pensamiento de su mente sobre Raj.

“Ezto ez hermoso,” murmuró Elizabeth, entre su cabello.

“Sería un momento perfecto para besarte pero...” hizo un gesto con la mano libre. Sus risas cubrieron el sonido de los pasos, así que ambos saltaron sorprendidos cuando Nathaniel apareció de entre las sombras. Venía en dirección desde la escuela delante de ellos.

Isabelle estaba confundida –la última vez que lo vio fue cerca de la hoguera. Ahora, lucía extraño, pálido, cada músculo del cuerpo se tensó como alambre.

“¿Qué...” comenzó pero él habló primero.

“Isabelle, tenemos que irnos a casa,” dijo. “Ahora.”

Sus ojos eran intensos, estaban fijos en ella. No parecía notar la presencia de Julian o de Elizabeth, desplomada entre ellos.

Lo miró fijamente, desconcertada. “Disculpa, no entiendo... ¿A casa?”

“Pasó algo.” De alguna manera cubrió esas palabras con un significado tan siniestro que sus manos se separaron de su media hermana.

Julian se quedó quieto, sosteniendo a la semiconsciente Elizabeth y mirando a Nathaniel tan cautelosamente como se mira a una serpiente.

“Nathaniel.” La voz de Isabelle adoptó el tono calmado que utilizaba siempre que estaba asustada. “¿Es mamá? ¿Está herida? Dímelo ahora.”

Elizabeth, sintiendo quizás los problemas en el aire entre la niebla del alcohol, balbuceó preocupada, pero Isabelle no volteó a mirarla. Miraba a Nathaniel. Él estaba temblando.

“No es ella,” dijo, se le dificultaba encontrar las palabras. “Es nuestro padre.” Respiró hondo y cerró los puños a sus costados, mirándola directamente a los ojos.

“Su avión está perdido.”